

1. La ratita anoréxica

Hace ya algún tiempo, allá por la primavera creo que fue, mi amigo Filiberto me regaló un par de ratones de los llamados caretos. También se les conoce por lirones. Te divertirás con ellos, me dijo.

Son los ratones caretos unos roedores pequeños, simpáticos, cola larga y grandes orejas. Y sumamente espabilados y móviles en sus carreras y peripecias. Se alimentan de vegetales, determinadas semillas y algunas frutitas. Y también de pequeños caracolillos. ¡Ah! y, por supuesto, les encanta el queso.

Suelen ser muy precavidos en almacenar alimentos para el invierno. No quieren correr el riesgo de que les pille un golpe de sueño de improviso. Tienen, pues, ganada fama de previsores y dormilones a pierna suelta.

A mis dos ratones caretos les tengo sueltos en una parcelita de la huerta. Les he acotado su habitat con una tupida malla al abrigo de la casa. Así puedo yo disfrutar de su vista y ellos de su vida ratonil al aire libre. Gozan en ponerse a dormir al sol sobre el balcón de una carrasca o en deslizarse por el tronco carcomido de un ciruelo.

¡Ah!, eso sí, cuando se inicia la primavera o poco antes abandonan su letargo invernal. Muy pronto su señora esposa lanza al viento los conocidos sonidos de alta frecuencia reclamando calor. Se inicia así la época del apareamiento.

Lo cierto es que, fruto del sol de primavera y del calor del instinto (que todo hay que decirlo), el pasado año me obsequiaron ya con cuatro retoñitos. Han salido tan bellos y simpáticos como sus progenitores caretos. Tres móviles lirones machos y una pizpireta señorita.

Lo cierto es que trepando por el tronco seco del ciruelo, y encaramándose luego por una ventanita a malla, por un agujerito que han logrado perforar en ella, logran descender a mi despensa con inusitada frecuencia.

Luego de un tiempo, y algunas serias reflexiones, logré colegir que debían de ser los simpáticos ratones caretos los que hacían mella en mis viandas. Pero me tenía un tanto perplejo el hecho de que, mientras los ratones se iban robusteciendo día a día, la reinecita de la familia ratonil, ¡cosa rara!, se mantenía chupadita y con el riesgo de quedarse anoréxica.

Hasta que cierto día, o para ser más precisos a la hora de la merienda y al frescor de la tarde, siento rumor en mi despensa. Aplico mi oído a la herrumbrosa malla de la ventana y oigo que murmuraban, cosa natural en ratones:

- ¡Va! ¡Come de este queso! ¡Que está muy bueno!...

- ¡Qué asco! Este gorgonzola tiene un olor tan pestilente... Que me da nauseas, vamos, replicaba la señorita de la familia. Es que no puedo con él...

- Pues come de ese otro de gruyere, que no despide tanto olor.

Y la ratita objetaba a sus hermanos de camada. ¡Pero es que tiene tantos agujeros ese quesito!...

- Pues ayuna, para que no rompas la báscula, le espeta su hermano mayor, que reconozco que era un tanto rudo y hasta un poco bruto. A fin de cuentas ratón de huerta.

- Siempre os tenéis que meter conmigo, suelta lloriqueando la menor de la familia. No quiero comer. Y no, y no, y no...

Hasta su mamá careta le dice, para animarla a que afile sus dos dientecillos tallados en bisel:

- No seas tonta, hija. Pues come queso de cabrales, o ese otro en lonchitas. Es un quesito muy fino, ¿sabes?

Y a la más leve y amorosa insinuación maternal la ratita repetía:

- He dicho que no, y no, y no...

Total, que una tarde más la ratita se queda sin comer, merendar o cena fría que fuera, que no lo sé. Y cada vez, la ratita apuntaba más delgadita y anoréxica.

Hasta que cierto día, o por mejor decir tarde de merienda, el padre careto, un poco molesto ya de la testarudez de su pequeña, se pone solemne, de una solemnidad romana y, ahuecando su ronca voz de ratón viejo, sentencia:

Mira, hija, aquí y ahora de lo que se trata es de comer y de sobrevivir. Que el queso tiene un olor penetrante y extraño, pues se tapa uno un poquito la nariz, y dentro. Que las lonchas son finitas, pues se toma uno media docena. Que tiene grandes agujeros, pues se come alrededor de ellos, como hacemos tu madre, tus hermanitos y yo.

La vida es así. Y Dios que la ha hecho sabe el porqué todas las cosas tienen, juntamente con lo pulposo del alimento, algún pequeño defecto. De inteligentes es tomar lo bueno y dejar lo malo.

Y no sé de donde le salió, pero aquel ratón, que era -ya digo- viejo y sabía griego, y parece ser que también hebreo y hasta arameo, le recita a su damisela aquel texto paulino: *Omnia probate, quod bonum est tenete, ab omni specie malo abstinete*. Y que luego hasta traduce, para alimento espiritual de su numerosa familia ratonil, de esta manera:

- *Examinadlo todo, quedaos con lo bueno y desechad lo malo.*

¡Caray, qué sabio era aquel padre de familia, digo, mi viejo ratón careto!...

Fr. Agripino G.